

bajo de la mujer en las fábricas. De otra parte, no son mejor tratados los hombres que las mujeres, pero son más resistentes. En esas fábricas de paños de la Moravia, de que acabo de hablar, no ganaban los obreros sino tres ó cuatro florines la semana, con catorce y diez y ocho horas de jornada. La mayor parte de ellos, reducidos en realidad á la esclavitud, no salen de la fábrica; duermen allí, en el suelo ó en sacos de lana.

No son ya posible en Francia esas explotaciones, á lo menos en grande escala. Leyes sobre el trabajo de los niños y de las mujeres han intentado poner límites al mal, pero se las elude muy facilmente. Por lo demás, atenuada y todo, los efectos del trabajo en las fábricas es todavía deplorable, pues marca con el estigma de la degeneración física y moral á los ocupados en las mismas. Bajo esta influencia, la talla del hombre baja y aumenta la mortalidad. Francia y Alemania han debido constantemente reducir el mínimum de la talla del soldado, y en buena parte hay que buscar su causa en el desarrollo de la gran industria. Al propio tiempo, tiende á aumentar el número de los inútiles por sus deformidades de constitución. Como término medio, el número de bajas dadas por el tribunal militar, sube á una tercera parte de los quintos inspeccionados (1), y en la población obrera fabril, la talla siempre disminuye al mismo tiempo que degenera el cuerpo (2). Durante los primeros años del siglo XIX, la duración media de la vida, para los tejedores de algodón empleados en los hilados, era sólo de veinte y un años y cinco meses (3). De otra parte, es enorme la mortalidad infantil. En fin, el trabajo en los talleres impone á los obreros una misma existencia, casi salvaje, sin atractivo alguno, sin comodidad, y aún más sin higiene; una vida que lanza al hombre á la borrachera; las mujeres á la prostitución (4) y los niños á la muerte. Y el mal aumenta sin cesar á medida que se desarrolla el régimen de la gran industria, á medida que se despueblan los campos en provecho de las villas, y sobre todo de las villas industriales. Según el censo de 1876 ocupaba ya la industria en Francia 9.274,257 personas, más de una cuarta parte de la población (5), y la gran industria pasaba de más de dos millones (6); desde entonces ha aumentado considerablemente. Hemos visto como en la antigüedad, el amo, para los trabajos industriales, alquilaba al esclavo, y embolsaba el precio del al-

quiler. Las cosas, sin embargo, han variado mucho menos de lo que uno se figura; pues en la industria, el salario, en virtud de la competencia, se regula muy exactamente sobre el estricto mínimum indispensable al obrero para vivir; todo el aumento de valor, el beneficio, va al amo y al comerciante que enloquecidos por el amor al dinero, desmoralizanse hasta llegar á una inhumanidad feroz. Un economista inglés ha llegado á soñar un workhouse ideal, una casa de trabajo que seria una «casa de terror» y en donde la jornada llegara á las catorce horas (1). El mismo autor, que seguramente estaba animado por instintos esclavistas, quiere «que los obreros jamás lleguen á ser independientes de sus amos.» (2)

Otro economista, J. B. Say, ha escrito sin pestañear «que la sociedad no debe socorrer á ninguno de sus miembros» (3). En Inglaterra, un inspector de talleres, en una de sus informaciones, dice que según el pensar de los fabricantes, el aplastamiento de los dedos de un obrero, ocurrido en un engranaje durante el trabajo, es «una bagatela.» (4)

Que tal estado de cosas debe y aún pueda continuar indefinidamente, con evidencia se ve que es imposible. Una sociedad bien organizada no ha de condenar á la clase proletaria á que se convierta en colección de útiles vivientes, destinada á una usura activa; y privada del todo de las diversiones que una civilización avanzada ofrece á los ociosos á cubierto del porvenir. Por lo demás, empíezase en divisar el día en que los obreros no se resignarán más á un destino misero en demasia. Ya en 1866, obreros americanos publicaron la siguiente protesta: «Nosotros, trabajadores de Dunkirk, declaramos que la duración de la jornada de trabajo, necesaria bajo el régimen actual, es demasiado grande, y que en vez de dejar al obrero tiempo suficiente para descansar é instruirse, le hunde en un estado de servitud que en poco se diferencia de la esclavitud» (5). Pero desde 1866 ha hecho bastantes progresos la cuestión. Sin duda, una jornada más corta de trabajo, la de ocho horas, que tiene ya establecida Inglaterra en determinados talleres y astilleros del Estado, será un gran beneficio; pero esta reducción de horas, en el rodar del tiempo, no llegará á ser bastante. Puestos en el camino de las concesiones, un paso hacia adelante obliga siempre á dar otro, y de paso á paso, se acaba por llegar al fin. ¿Este final, cómo puede concebirse? ¿En qué consistirá

1 Chervin. Armée. Dict. des sciences anthropologiques.

2 J. Simon, L'ouvrier de huit ans, 209.

3 Villermé, Etat physique et mental des ouvriers, t. II.

4 F. Le Play, Réforme social en France, 20.

5 A. Legoit, Suicide.

6 M. Block, Statistique de la France, t. II.

1 K. Marx, Loc. cit.

2 Ibid.

3 Cours complet d'économie politique.

4 K. Marx, Loc. cit.

5 Décision des travailleurs de Dunkirk.